

Carlos Monsiváis

Una nota sobre Helena Beristáin*

Confío en mi memoria porque no tengo otro remedio y, además, porque confío en mi memoria. En 1954 fui alumno de la maestra Beristáin en la Preparatoria de San Ildefonso (la fecha es tan remota que permitía decirle “la Preparatoria”). Recuerdo entonces a tres maestros, a don Erasmo Castellanos Quinto, que nos daba clásicos griegos, a Vicente Magdaleno, que nos daba literatura mexicana y a doña Helena que nos lanzaba por los vericuetos de la literatura universal. Me acuerdo de su cuaderno de notas, y del énfasis con que nos invitaba a la lectura. Ella resumía con cuidado los libros que recomendaba, en ese momento casi todos de la literatura española del siglo XIX y sus alrededores: Pérez Galdós (mi gratitud por *Doña Perfecta*), Leopoldo Alas Clarín (mi gratitud imperecedera por *La Regenta*), el padre Coloma (un leve resentimiento que se disipó hace mucho), Emilia Pardo Bazán (aquí debía funcionar el Alzheimer selectivo pero me acuerdo de *Los pasos de Ulloa*), y luego, Pío Baroja y falsos próceres como Pereda.

Es inútil que yo le exija demasiado a la memoria. Sé que gracias a la maestra inicié sesiones maratónicas de lectura a fin de cuentas muy formativas; sé que mis compañeros no leían

* Texto leído durante el homenaje a Helena Beristáin en el marco de la celebración de los 30 años del Seminario de Poética.

prácticamente nada (y que me digan que ahora es cuando no se lee), y sé que gracias a tres maestros comprobé lo evidente: sin la lectura jamás se unifican las palabras.

Muchísimas gracias, maestra, a 53 años de distancia y desde la cercanía del afecto y la admiración.